

llegada, y mi corazón se oprime, se estrecha á medida que se acerca.

Este hombre, estoy segura, tendrá grande influencia en las pruebas que me predijo nuestra buena madre la superiora.

V

LA INVITACION AL VALS.

(EL CUADERNO AZUL.)

¡Ursula! ¡Ursula! ¡las buenas hermanas tienen razón! El mundo es una cosa terrible. ¡Oh! cuánto mejor habríamos hecho en permanecer allí, en el convento, bajo las umbrías solitarias, lejos de las tentaciones ó de los sufrimientos, — ó mas bien... Pero ¿comprenderás lo que voy á decirte? — Tu vida irá pasando lejos de estas embriagueces. La mediana de tu destino te protege, pero ¡yo, yo! ¡oh! Ahora que mis ojos han sido fascinados por este resplandor, mis oídos encantados por estas músicas, mi corazón agitado por estas dulces palabras, siento que todo retorno hácia atrás me sería imposible; y sin embargo, tengo miedo hasta el fondo del alma.

Se cree que por aturdimiento ó simplicidad pura las pobres mariposillas de alas blancas y sedosas vienen á quemarse en las llamas de las bugías; ¡oh! no. Vacilan largo tiempo, revolotean largo tiempo en derredor del resplandor anhelado; intentan desesperadamente arrancarse á su fascinación; pero desde el momento en que sus ojos hechos para las modestias de la sombra, han presentado los éxtasis desconocidos de la luz, están perdidas; toda lucha es vana.

Pues bien, esta luz, esta antorcha radiante del mundo, que se nos describía tan peligrosa, la he visto, en fin, esta noche por primera vez. Conservo en las pupilas el brillo fulgurante de las arañas; en derredor de mí, oigo crujir la seda; veo los chispeantes visos de las pedrerías; oigo con delicia, en la lontananza de mi recuerdo, el eco ensordecido de la orquesta, y te escribo con la cabeza coronada de flores marchitas del baile.

Ursula, ¡no puedes figurarte cuán bello es!

Al entrar creí que penetraba en un país encantado, uno de esos países que no se ven sino en sueños. Flores por todas partes, por do quiera girándulas de cristal, las mujeres parecían diosas con estrellas en derredor de la garganta. Yo me apoyaba con todas mis fuerzas en el brazo del coronel Fritz, que me servía de caballero; en verdad, temía desvanecerme. Luego, á través de una niebla que parecía formada de polvo del sol, vi adelantarse hácia mí una señora mas bella, mas imponente que todas las demás, y con eso tan magistralmente sencilla y buena, que invenciblemente atraída, me iba hácia ella.

Era la dueña de la casa donde se daba el baile, la señora de Monte-Cristo.

Me tomó la mano. ¿Qué me dijo? Que no tuviera cortedad, creo... y en efecto no la tuve ya. Me atreví á levantar los ojos y ví los de mi madre, risueños también y conmovidos con mi propia emoción.

La señora de Monte-Cristo tuvo la bondad de hacerme sentar á su lado, entre mi madre y ella. Lo que me dijo todavía, tenía yo la cabeza demasiado turbada para recordarlo de una manera precisa. Solamente sé que me cumplimentó sobre mi compostura y sobre mi gracia... Pero yo, que no brillo enteramente por la modestia y que, muy francamente, me considero bastante bien, tuve vergüenza, pues la encontraba á ella mil veces mas bella que yo. Todos los ojos estaban fijos en nosotras; ella tuvo la caridad de insinuar que el baile se daba á mi intención, y me lo repitió tan á menudo, con tan buena gracia, que te aseguro que mi cabeza se calentó, mi pequeño amor propio se engrió, y llegué á creerlo también. La vanidad es un pecado bien feo, pero te aseguro que causa mucho placer.

Delante de nosotras era un verdadero desfile. La señora de Monte-Cristo sabía encontrar para cada uno alguna palabra amable. Despues, ella me presentaba, y yo balbuceaba alguna palabra; mi madre estaba con el rostro encendido rebotando con el placer que le causaba el espectáculo agradable de mi presentación.

En tanto, en torno de mí todo irradiaba, todo zumbaba, todo cantaba por la voz de la orquesta.

— Hé aquí, dijo la señora de Monte-Cristo con una dulzura maliciosa, estos piececitos que se agitan, y piden convertirse en alas.

En efecto, yo llevaba el compás, sin apercibirme de ello.

— Vamos, continuó, nos hace falta un bailarín.

Por mas que la jurase que no, y que tenía miedo, y que no podría ni sabría bailar, detuvo á un joven que se alejaba despues de habernos saludado, y me lo presentó:

— El señor vizconde de la Cruz.

Este me agradó completamente. Era muy bello, y no tenía trazas de apercibirse de ello; un poco triste, lo que dice muy bien con su tez morena, pero no tan triste, sin embargo, que no haya en el fondo de sus grandes ojos una sonrisa indulgente que su melancolía hace mas encantadora todavía.

Tu me dirás que para no haberle visto sino en una mera presentación le he pintado muy completamente. A eso te responderé que una mirada entre las cejas, con los párpados bajos, debe bastar á una joven perspicaz, y que, además, he tenido el tiempo de analizar las perfecciones de mi héroe, habiendo tenido el honor de bailar con él.

Sí, mi querida, he bailado, y verdaderamente no es tan difícil como yo creía; no hay mas que dejarse llevar y se desliza una tan naturalmente como las golondrinas vuelan. En verdad, la señora de Monte-Cristo tenía razón: los pies son alas que, sin embargo, se ignoran.

Y no bailó en seguida. Aunque la invitación de M. de la Cruz fué hecha y aceptada, la señora de Monte-Cristo percibió sin duda mi cortedad y me dió tiempo de reponerme

retardando y cambiando con su autoridad privada el número de la invitación de mi caballero.

Este se inclinó profundamente en muestra de asentimiento, y se alejó con una gravedad de Cid con frac negro.

Apenas se marchó, abrumé á mamá y á la señora de Monte-Cristo de reproches, lo que les hizo reír mucho, sobre todo á la última.

— Vamos, mi querida niña, confesad que os estais muriendo por ganas de bailar, y que solo una falsa vergüenza os retiene. Por eso os he escogido un caballero entre todos. Nada tenéis que temer con él; podeis abandonarle vuestra blanca mano con la confianza que tendriais en un hermano. De seguro que hay muchas señoritas y grandes señoras que envidiarían vuestra suerte.

M. de la Cruz es demasiado grave para hacer cabriolas en el aire como un joven calaverilla de diez y ocho años; esta es la primera vez que le veo cometer esa infracción á su dignidad, y podreis jactaros de haber sido la primera, en mi salón al menos, que haya hecho levantar la pierna á un héroe.

— ¿A un héroe, señora?

La señora de Monte-Cristo, que hablaba en un tono semi grave, semi ligero, se puso de repente muy seria.

— A un héroe, sí, hija mía. Quizas será permitido algun día á una pobre mujer muy probada por la desgracia... bien envejecida también, no tengais celos... el referir, á vos como á todo el mundo, lo que es en realidad M. de la Cruz, y qué corazón valiente y cuánta abnegación se abrigan en su pecho. Hoy no puedo mas que repetir la palabra que os asombraba hace poco:

¡Es un héroe!

Si un ser, bueno hasta los últimos límites, adicto hasta el mayor sacrificio, valiente hasta la temeridad; si un caballero errante, un santo y un hombre fundidos juntamente, pueden formar ese bronce precioso que se llama un héroe, M. de la Cruz es un héroe.

En este momento M. de la Cruz volvía hácia nosotros, estaba muy pálido, pero ni una línea de su altiva y serena fisonomía estaba turbada. — Venía sin duda á reclamar la contradanza prometida. Yo me levanté.

— Pero no es tu turno, Cipriana, dijo mi mamá, tú has prometido una cuadrilla.

— ¡Qué importa, respondió la señora de Monte-Cristo riéndose, cuadrilla ó un vals! De esta manera la señorita Cipriana, que es muy novicia, no se expondrá á trastornar las figuras.

M. de la Cruz tomó con la punta de los dedos, finamente guanteados, la extremidad de los míos. La orquesta tocó un aria lenta y cadenciosa que tú me has oído sin duda tocar en mi piano del convento: *la Invitación al vals*. Luego el aria se hizo mas presurosa, el vals precipitó su ritmo preciso, yo apoyaba mi mano en su hombro, él tocaba mi talle con su brazo replegado, y nosotros volábamos á través del torbellino.

Yo le miraba (por debajo siempre á través de los párpados, amiguita). Su bello rostro permanecía mate é impasible, ni un leve soplo agitaba con mas precipitación la

batista sobre su pecho. Parecía que no me tocaba y me llevaba como una hoja. Yo daba muchos traspies; pero entonces, sin estrechar la mia, ignoro cómo su mano la retenía con una firmeza suave que adivinaba inflexible como un apretón de hierro.

Estar sostenida, defendida, protegida por un corazón valiente, sentí en este momento que era la dicha mas completa que pueda concebir una mujer. Ciertamente, la protección de M. de la Cruz se ejercía en este momento en un débil objeto, ¿qué me evitaba? alguna magulladura ó la desgarradura de un miserable pedazo de encaje: ¡qué importa! Su corazón era valiente, su brazo fuerte; yo sabía que podía apoyarme en su hombro con toda confianza, ¡me sentía dichosa!

Despues de todo, ese torbellino que nos llevaba á todos, de dos en dos, en su vértigo, ¿no era una imagen bien perfecta del mundo tal cual me aparecía hacia una hora?

Lo mismo vamos en nuestra vida febril, al azar, desconocidos uno de otro, enemigos quizás, y me decía que para atravesar estas borrascas predichas por nuestra querida madre de B..., era el apoyo de un brazo fuerte, de un corazón valiente como este el que tal vez me haría falta.

Un héroe, querida, piensa pues, ¡un héroe!

Por el instante el héroe no despegabá los labios, y sin embargo adivinaba que tenía alguna cosa que decirme. ¡Cómo! yo temblaba al preguntármelo y deseaba no obstante el saberlo. Estaba descontenta porque no me lo decía y agradecida de que callase: conocía que era un respeto y una delicadeza de su parte. ¿Quién sabe, si él me hubiera hablado, si no hubiera caído quizás del pedestal en que le habían colocado las afirmaciones de la señora de Monte-Cristo? Hubiera vuelto á ser M. de la Cruz; y yo deseaba tener á mi Cid Campeador.

Pero no me habló. Y solamente en el momento en que cesando la música, me conducía á mi asiento, acercándose á mi oído, me dijo en voz muy baja algunas palabras que por poco me hacen caer desmayada.

— Tened mucho cuidado, señorita, un gran peligro os amenaza.

Y como, toda temblorosa, me detenía próxima á caer, con mano firme me sostuvo el puño y añadió:

— Vuestros amigos vigilan, ayudadles.

Habíamos vuelto cerca de la señora de Monte-Cristo. Sin añadir una palabra, M. de la Cruz me hizo un gran saludo y se alejó.

— M. de Puysaie, me dijo la señora de Monte-Cristo, está dando un paseo en los salones con vuestra madre; ¿me permitireis ser vuestra aya en su ausencia?

Apenas tuve tiempo de hacer un signo de adhesión, mamá venía apoyada en el brazo de mi padre.

Este tenía el entrecejo fruncido, el aire descontento, yo no pude oír sino el fin de la conversación.

— ¡Es preciso que esto acabe! ya que vos no quereis hablarle, le hablaré yo.

Al verme calló de repente y volvió á sonreírse con su sonrisa habitual.

¿Existen pues los presentimientos? ó entonces ¿por qué me imaginé yo que era de mi de quien se trataba, y que esta conversacion que anunciaba mi padre no era extraña á la advertencia de M. de la Cruz?

— « ¡Una gran desgracia os amenaza! »

¡Una gran desgracia! procedente de mi padre, de mi padre, ese protector natural dado por Dios, ¡qué locura! Deseché rápidamente esta idea que consideraba como una impiedad. Pero por mas que hacia y hago aun en este instante para desecharla, vuelve obstinadamente, como un refran grabado en la memoria se obstina en salir de nuestros labios, aun en medio de las mas grandes tristezas.

La hora de la partida habia sonado. Mientras nos envolvian de pieles á mamá y á mí, vi pasar al coronel Fritz por debajo del techo de cristales. El tambien me pareció sombrío y amenazador.

— ¡Espérame, le gritó mi padre, soy contigo!

No nos acompañó en efecto sino hasta el coche, cerró él mismo la portezuela y dió orden al cochero de conducirnos á casa.

Luego volvió á subir las gradas, y antes que el cupé estuviere en movimiento, se reunió al coronel y comenzó á hablarle con animacion.

Es de mí, de mí, estoy segura, de quien hablan.

Mamá se habia metido en el rincon del cupé, y yo no me atrevia á preguntar nada, ni darle cuenta de la singular confidencia del vizconde de la Cruz. Hubiera sido mi deber sin duda, pero cuando estaba á punto de decirselo, un instinto secreto me prevenia que era preciso callar. Mamá habia puesto su pañuelo sobre sus labios, y dos ó tres veces me pareció que lloraba.

— ¿Qué teneis? ¿qué teneis, mamá? le pregunté en fin.

No respondió; solamente su mano asíó la mía y la estrechó fuertemente. Llegada al palacio, me abrazó febrilmente en la frente y sentí toda mi cara bañada en lágrimas.

— ¡Cipriana! ¡Cipriana, es menester obedecer á vuestro padre!

Esto fué todo lo que me pudo decir, y en lugar de acompañarme hasta mi aposento, segun su costumbre, se encerró en seguida en su cuarto.

¿Qué significan todos estos misterios? ¿Por qué esta amenaza, por qué estas lágrimas? ¿Qué hacer? ¿De quién fiarme? Mi madre me ordena que obedezca, pero ¿por qué llora al ordenármelo? M. de la Cruz tiene pues razon... y hé ahí el peligro, el gran peligro que voy á correr!... Mi instinto, mi corazon, y todo mi ser me gritan que es á él á quien debo escuchar, y mi deber me lo prohíbe.

¡Ah! ¡por qué no estás aquí, Ursula, por qué no estás cerca de mí! Tu amistad me aclararia, tú me aconsejarías, tú me sostendrías y tú me defenderías.

Así en un solo sarao del mundo he visto todo, sus embriagueces y sus peligros oscuros, y yo estoy sola para protegerme contra los unos como contra los otros.

Mira, siento el corazon tan henchido que me ahogo. Esta casa paterna adonde venia con tanta confianza está llena de asechanzas. Mi padre, me lo temo, es mi mayor enemigo;

mi madre sufre tanto como yo, pero deja hacer, y el solo ser en quien me siento una confianza entera é inalterable, el solo en quien tengo la fé de que puede salvarme, es un extraño.

¡Oh! ¡si me engaño, si blasfemo, perdóname, Dios mio! ¡soy tan desgraciada, estoy tan triste, me siento tan indiferente á todos los que me rodean, tan desechada!... ¡Haced, Dios omnipotente, que me haya engañado y que haya blasfemado! ¡haced que mi padre no piense sino en mi dicha, que las lágrimas de mamá sean lágrimas de alegría!

¡Haced que la amenaza de M. de la Cruz sea una calumnia, y os bendeciré, y de mi triste corazon un himno de reconocimiento se elevará hácia vos!

Decididamente me vuelvo loca, acababa de cerrar mi pequeño cuaderno azul, y consolada y fortalecida por mis plegarias, me disponia á meterme en la cama. Ya estaba medio desnuda. Acababa de abrir mi cofrecito de joyas, cuya llave solo tengo yo, para poner mis sortijas y mis pendientes, ¿y sabes tú lo que encuentro? Un billete que no contiene mas que una línea :

« Un gran peligro os amenaza. — Vuestros amigos velan, ayudadles. »

¿Cómo ha venido este billete aquí? ¿Quiénes son esos amigos misteriosos y terribles que pueden penetrar hasta mi cuarto, escribir en él las mismas palabras pronunciadas á mis oídos por M. de la Cruz? Mis amigos, ¡ah! ¡no son quizás mis enemigos mismos que toman la máscara de la amistad para mejor engañarme! ¡Pero entonces los lloros de mamá, el aire confuso y descontento de mi padre!... ¡Oh! mira, yo no sé qué creer, qué esperar, qué temer.

Estoy segura de M. de la Cruz; no se miente, no se engaña con esa cara y esa mirada. — Luego, ¿por qué querría engañarme? ¿Qué interés tiene en arrojarme tal turbacion en mi conciencia y en mi corazon? ¡Oh! ¡si me mintiera, si ese espanto que me abrumba fuera un cálculo de su parte, sería el último, el mas despreciable de los hombres!

« Un gran peligro os amenaza. ¡Vuestros amigos velan, ayudadles! »

VI

UNA CASITA EN 48...

Entretanto y en la hora misma en que Cipriana trazaba en el cuaderno azul las castas confianzas que nuestro privilegio de historiador nos ha permitido trascribir leyéndolas por encima de sus hombros, una escena de naturaleza muy diferente se representaba en una casa no muy grande situada cerca de la barrera Pigalle. Este barrio, hoy completamente edificado, estaba ocupado entonces por vastos terrenos y grandes jardines frondosos,

En el fondo de uno de estos jardines, el mas sombrío y mas discreto de todos, es donde encontraremos al coronel y á su amigo el conde Loredano de Puysaie, á la salida del baile de la señora de Monte-Cristo.

Están allí diez ó doce convidados de los dos sexos, la flor y nata de la galanteria parisiense.

La cena toca á su fin, y el clásico champaña chisporrotea en los finos tulipanes de cristal.

Las damas tratan de decir palabras chistosas y los señores las encuentran algo chocantes.

Tristes placeres en suma, placeres convenidos y puestos en escena mil veces en los tablados de los pequeños teatros; comedia vulgar donde el hombre oculta su desprecio secreto, y la mujer su profundo disgusto bajo las apariencias de no sé qué ardor vergonzoso y físico; donde ambos á dos se rien á carcajadas, la una para aturdirse y el otro por temor de bostezar.

La reina del festin era Nini Moustache, una de esas celebridades cuya boga dura lo que dura la frescura de su tez, es decir, algunos dias, algunos meses ó algunos años. Negocio de higiene...

M. de Puysaie, que estaba enamorado locamente de ella, habia encontrado á Nini en no sé qué baile público, y desde ese dia habia puesto en su frente la corona de flores de esa efimera soberanía.

El hecho es que en un mundo donde la belleza es el único título, los derechos de Nini Moustache no eran dudosos. Habria sido difícil imaginar mas poderosa y apetecible criatura, formada como una Venus antigua, en pleno mármol viviente, flexible como una culebra, corrompida como el vicio mismo.

Su única rival, si la rivalidad hubiese sido posible, era la rubia Aurelia, llamada la Monte-Cristo.

Ya hemos explicado mas arriba la semejanza que le habia merecido ese renombre.

Ahora bien, esta noche, Aurelia retenida sin duda por M. de la Cruz, que pasaba por su protector, no estaba presente, y siendo pues, toda comparacion imposible, Nini Moustache brillaba sobre todas sus demas compañeras, como el sol brilla sobre las estrellas.

Por otra parte, hacia largo tiempo que Aurelia y ella habian comprendido que toda lucha entre sus bellezas iguales no haria mas que debilitar su poderio; de ahí habia nacido entre ellas una amistad basada primero en su interés comun, y que poco á poco se habia hecho sincera; habian hecho uno de esos pactos de cortesanas casi siempre tan fielmente observados por entrambas partes como los pactos de los ladrones.

Los caballeros estaban enteramente ébrios y las odaliscas medio achispadas. Así como la cena habia degenerado en orgia, la orgia habia degenerado en bacanal. Ya no era la alusion licenciosa, sino la propia palabra obscena; no se bebía ya champaña, se bebía aguardiente. Uno propuso que se encendiera un ponche como en las noches locas de las costurerillas y modistas y de los mancebos de comercio. Otro rompió una salvilla para hacerse castañuelas.

Las princesas cantaban no se sabe qué refranes aprendidos en otro tiempo no se sabe dónde.

Y es que en el fondo, título ó no, pobre ó rico, inteligente ó necio, el hombre es siempre el mismo y no despierta impunemente el animal que dormita en él. Llegada á cierto grado, la embriaguez del príncipe es idéntica á la del trapero.

Loredano se levantó de su silla con disgusto :

— Ven, dijo al coronel Fritz.

El espectáculo de esta fiesta de los sentidos en delirio, encargada por él, pagada por él, le sublevaba el corazon, su alma se henchía de un indecible desprecio de los otros y de sí mismo.

Cuanto mas se cantaba, mas se gritaba, mas se reía con risa frenética y loca, mas se sentía uno invadido por una mustia é inexorable tristeza, que quizás era remordimiento.

Algunas veces, á fuerza de beber, habia llegado á descender al nivel de sus desordenados compañeros; hoy no podia; cuanto mas bebía menos lo conseguía. Entre él y las mujeres descabelladas, rojas de llama sensual, y cuyos ojos lanzaban rayos como tizonas de infierno, una imágen se elevaba vaporosa y pura, la imágen de Cipriana.

De Cipriana acostada á esta hora en su blanco lecho virginal, y que sin duda habia rogado por él á Dios al quedarse dormida.

Y entonces, arrojando una mirada feroz hácia el coronel Fritz, que no sospechaba lo que pasaba en el espíritu del conde, murmuraba sordamente entre dientes :

— ¡Si me hubiese engañado, sin embargo!... ¡si Cipriana fuera mi hija!...

El coronel Fritz no habia demostrado oír á Loredano; aplomado mas bien que sentado en su silla, miraba su vaso lleno con aire embrutecido.

— ¡Vamos! ¡vamos! repitió el conde de Puysaie sacudiéndole brutalmente.

El coronel se volvió como una bestia feroz á quien se despierta, y lanzó una mirada fulminante hácia aquel que habia tenido esta osadía. Durante un segundo, las miradas de los dos hombres se cruzaron provocadoras y chispeantes como el choque de dos espadas; durante un segundo pudieron leer uno en el alma del otro, la profundidad del odio que ocultaba su aparente intimidad.

— Pero ¿vienes? dijo por tercera vez Loredano.

El coronel Fritz se levantó penosamente, y sin observacion alguna siguió al conde. Este dió la vuelta á los grupos, que no percibian siquiera su salida, y dijo por encima de la espalda dos palabras de adiós á Nini Moustache, y bajó de cuatro en cuatro los escalones, tanta prisa tenia de salir de aquel lugar de podredumbre, y bajó tambien las gradas últimas, al pié de las cuales un carruaje sin escudo de armas le esperaba.

Nini estaba hace largo tiempo acostumbrada á los bruscos cambios de su dueño y amante para commoverse mas de lo debido. Esta muchacha fuerte tenia el desden de toda debilidad. Alargó irónicamente los labios, encogió sus blancos hombros y murmuró :